



por TRINIDAD NOGUERA
Lda. en Ciencias Políticas

Mi madre, que es gaditana, se sorprende todavía cuando llega el Carnaval a Manzanares. Ella está acostumbrada a las charangas y chirigotas de su tierra, donde esos días son una tregua que el pueblo se da para decir y decirse todo lo que a diario se guarda bajo llave en los armarios.

La crítica aguda y hasta mordaz, bien aliviada con música y disfraces, es para Cádiz la esencia del Carnaval. Como lo es para Tenerife el lujo, la explosión brillante de color y belleza. Aunque de un tiempo a esta parte tengamos en Manzanares también desfiles y charangas y disfraces maravillosos, lo que sigue sorprendiendo a mi madre son los «mascarones».

El «mascarón» es una suerte de hatillo de trapos amontonados sobre un juerguista, con la única intención de ocultar al máximo todas las partes de su cuerpo, que corre como alma que lleva el diablo por las calles, chillando en falsete el típico «a que no me conoces» a todo bicho viviente. El «mascarón» se ensaña con quien debiera conocerle, pero, viéndole empaquetado en harapos, no atina más que a balbucear

El mascarón

«¿Fulanito? ¿Menganita?» o a tirarse el farol de «si ya sé quién eres». De vez en cuando, para despistar, el «mascarón» da la castaña también a quienes no conoce, que quedan aún más confusos, pensando que debían haberle conocido.

El «mascarón» es el espontáneo del Carnaval, el que decide «vestirse» para el baile en el último momento, y para eso arrambla con los ripios más viejos, rebusca en los baúles de las abuelas, y se calza zapatos enormes, pelucas olvidadas y

gabanes comidos de polilla. Salen en masa de sus casas -en ningún sitio como aquí he visto tantos ejemplares de esta especie- y riñéndose los unos a los otros. A mitad de la noche no recuerdan quién era cada cual, y dejan de conocerse hasta a sí mismos. Ahí radica el secreto: el «mascarón» no se disfraza de otro, sino que pierde entre los trapos su propia identidad, deja de ser el yo cotidiano y se convierte glorioso nadie a quien nadie conoce -ése es su máximo triunfo- y que, poco a poco, se olvida a su vez de conocer y conocerse.

El «mascarón» es una cáscara que quiere no llevar adentro fruto, moverse por el puro impulso de la fiesta. Vive del instante que se esfuma tan pronto amanece el Miércoles de

Ceniza. Ocupa ese lugar que no existe, entre el azar y la rutina, donde casi todas las cosas se permiten, porque están condenadas al olvido que bendice la resaca.

A mi madre le sorprende «el mascarón», porque diluirse en nadie es un misterio propio de locos y de niños.

